

Capítulo 707: ¿Rendirse? ¡Genial!

No hacía ni cinco minutos, la Reina del Gran Abajo estaba paseando de un lado a otro en sus aposentos.

¿La causa de sus preocupaciones? El hecho de que todo su dominio había dejado de recibir almas muertas.

No sólo eso, sino que ni ella ni su marido podían ver nada de lo que sucedía en la Tierra, lo cual era muy inusual, por decir lo menos.

Entonces, como era sumamente improbable que todos los que vivían allí hubieran dejado de morir milagrosamente, algo más estaba en juego aquí.

¿Pero cómo iba a descubrirlo?

Ni ella ni ninguna de las deidades del inframundo bajo su mando podían marcharse.

Estaba atrapada.

Sin embargo, ella nunca habría predicho que la respuesta a las preguntas que la atormentaban la convocaría directamente a su sala del trono.

"Es bueno volver a verte. ¿Estás bien?"

Ereshkigal solo había conocido a Abaddon una vez antes, por lo que ya sabía que era bastante amable y agradable.

Tanto es así que el hecho de que él la convocara de repente, no la molestó tanto como normalmente le hubiera sucedido.

—Sí, claro que sí. ¿Y tú, amigo mío?

"Estoy bien", sonrió Abaddon con orgullo, mientras colocaba su mano sobre la cabeza de Bash. "Por fin han devuelto a mi hijo y mi familia está un paso más cerca de estar completa. Tengo muchas cosas por las que estar agradecido".

De repente, todos los engranajes encajaron en la mente de la reina del inframundo.

—... ¿Tartaro, supongo? —Sonrió con ironía.

¿Le sorprendió que los griegos no lo hubieran protegido después de toda su fanfarronería anterior? No, en absoluto.

El niño sentado con los brazos cruzados, finalmente habló con una voz que no era para nada la de un bebé.





"Tienes razón, pero ahora debes llamarme Bashenga. Graba mi glorioso nombre en tu alma y no lo olvides".

Ereshkigal miró de un lado a otro entre el bebé Bash y Abaddon varias veces.

"... ¿Supongo que sigue siendo un primordial?"

"Su arrogancia lo delató, ¿eh?"

"Me temo que sí."

"Sí... todavía estamos trabajando para solucionarlo".

Abaddon sonrió con ironía, mientras señalaba a la mujer sentada al otro lado de su trono.

"Esta es mi hermana pequeña Kanami".

—¡Hola! —Kanami levantó un signo de paz.

—Saludos —dijo Ereshkigal, haciendo una leve reverencia—. Sois muy parecidos. Vuestra inmensa belleza es digna de admiración.

"¡Aww tú!" Kanami sostuvo sus mejillas, mientras se sonrojaba tiernamente.

De repente, Ereshkigal sintió que una mano le agarraba el pie.

Al mirar hacia abajo, finalmente se dio cuenta de que la habitación estaba llena de los cuerpos de varios dioses.

Literalmente todos los dioses del inframundo de todos los dominios mortales que existen.

E, irónicamente, todos estaban al borde de la muerte.

Tehom no es especialmente acogedor con los forasteros.

Actualmente, estos recién llegados estaban experimentando una atmósfera combinada de Éter y Nether, que era tan increíblemente pura que era perjudicial para sus cuerpos.

Es como si un humano tuviera una sobredosis de potasio.

Es decir, si una sobredosis de potasio hiciera que tus órganos internos se transformaran lentamente en un pudín prohibido.

Sin embargo, Ereshkigal en realidad sólo se preocupaba por unos pocos más que por la mayoría.

"A-Abaddon, mi familia es..."



"Ah, fue mi error. Sólo quería dejar algo claro".

El aire dentro de la sala del trono cambió de repente y las deidades de la muerte ya no estaban muriendo.

Ereshkigal fue a ayudar a su familia a ponerse de pie de inmediato.

Su marido, Nergal.

Su hijo, Namtar.

Su hermana, Istar.

Y su otro hijo, Ninazu.

No hace falta decir que ellos, como todos los demás en la sala, tenían preguntas.

Sobre todo, porque la matriarca parecía ya estar familiarizada con el primer dragón.

"Esposa... ¿Qué significa esto...?" gruñó el dios con cabeza de león.

"Parece que la respuesta a nuestras preguntas sobre nuestro dominio nos ha llegado..." respondió.

—¡No me refiero a eso! ¿Cómo lo conoces? ¿Por qué le hablas con tanta familiaridad? —rugió con aparentes celos.

Bash miró lentamente a su padre y literalmente vio la úlcera creciendo en su cerebro.

"... ¿Te suceden este tipo de cosas con frecuencia?"

"No tienes ni puta idea."

Ser tan atractivo en realidad no era tan divertido como a veces lo hacían parecer en Internet.

"Te aseguro que no es ese tipo de acuerdo entre nosotros..." Ereshkigal habló en voz baja mientras intentaba calmar su enojo.

"Tus tonterías matrimoniales pueden esperar".

Anubis, con cabeza de chacal, avanzó entre la multitud.

Miró a Abaddon sin pestañear y con la cabeza en alto.

...Por dos segundos.





Kanami apareció frente a él como un fantasma y lo golpeó tan fuerte en el estómago, que su columna se rompió mientras caía.

"¿Qué crees que es esto? ¿Cómo te atreves a pararte tan arrogantemente frente a mi hermano, después de haberlo conocido por primera vez?"

Anubis no podía escuchar a Kanami en ese momento, porque estaba lidiando con una abolladura en forma de puño en su estómago.

El hecho de que nadie la hubiera visto moverse, sólo aumentó la tensión que ya había en el aire.

"...Me siento muy agradecida con mi nueva tía", dijo de repente Bashenga.

—¡Aww, gracias! —Kanami sonrió con orgullo a su nuevo sobrino.

Abaddon puso los ojos en blanco y bostezó, mientras se dirigía a la multitud.

"Muy bien... Para aquellos que no lo saben, soy Abaddon. Y a partir de este momento, tengo sus vidas en mis manos".

A nadie le gustó su absoluta insensibilidad o falta de respeto por sus números, pero no había mucho que pudieran hacer al respecto.

"Seré breve, porque hoy tengo un día bastante ocupado. Ríndete y podrás vivir. Lucha y tendré que llamar a las criadas para que limpien en lo que te conviertas".

Si esta reunión fuera un concurso de popularidad, Abaddon estaría recibiendo una cantidad de votos criminalmente baja en estos momentos.

—Estamos exagerando un poco todo el asunto del señor supremo, ¿no? —preguntó Ereshkigal.

—Pensé que me ahorraría algo de tiempo —Abaddon se encogió de hombros.

La verdad es que ya no le importaban mucho ninguno de esos dioses, ni tampoco demostrarles sus intenciones.

Si se rindieran, verían por sí mismos sus buenas intenciones, siempre y cuando no fueran ineptos y ciegos.

Y si no lo hicieran... podría ganar esta guerra y lograr todo lo que quisiera sin ellos.

Pero Ereshkigal era una diosa bondadosa. La pérdida de vidas la entristecía hasta tal punto que lloraba incluso por los humanos a los que condenaba a muerte.





Se volvió hacia la multitud con sinceridad y colocó su mano sobre su pecho, mientras hacía una súplica sincera.

"Siento que debo confesar algo. Hace poco tiempo, el panteón hindú organizó una reunión en secreto e invitó a unos pocos de nosotros.

Nuestro objetivo era comprender la psique del gran enemigo que teníamos ante nosotros y descubrir si la guerra era realmente un resultado inevitable.

Nuestra búsqueda de respuestas resultó muy fructífera. Descubrimos que el enemigo al que temíamos no sólo era un hombre de principios, sino que también era un hombre muy...

—¡Mujer tonta! ¡Te está engañando! —espetó Nergal.

—Jesús... estoy cansado de esto. —Abaddon bostezó de nuevo.

Se puso de pie y colocó a Bashenga sobre sus hombros, mientras bajaba de su trono.

Ahora que estaba de pie, su monstruosa altura solo le añadía otra capa de intimidación.

De todas formas, ni siquiera la necesitaba...

Caminó hacia Ereshkigal y colocó su mano sobre su hombro, mientras le sonreía con aprecio.

"Agradezco su disposición a responder por mí, pero me temo que no era necesario. Para cambiar de opinión se necesitan algo más que palabras y testigos de carácter. No lo ignoro".

—¡Bastardo, te atreves a poner tu mano sobre lo que es mío! —Nergal llamó a su mano una maza con cabeza de león.

Los ojos de Abaddon y Bashenga se entrecerraron al unísono.

Abaddon: "...piensa muy, muy bien lo que vas a hacer a continuación".

Bashenga: "A menos que ese pequeño juguete esté a punto de ser una ofrenda para mí, te insto a que lo guardes antes de que pierda los estribos".

Nergal quería seguir adelante.

Para golpear el cráneo del hombre que estaba demasiado cerca de su esposa para su comodidad.

Pero no podía moverse.

Nergal era un dios de la muerte infligida y de la guerra.



Podía sentir la enorme diferencia de poder entre ellos y él y era realmente asombroso.

Nergal nunca había sido cobarde. No durante toda su vida.

No temía morir en batalla, e incluso lo consideraba un final glorioso para su leyenda. Pero estaba aterrorizado por el terrible destino que le aguardaba si se arriesgaba.

Como tal, apenas se registró que Abaddon y Bashenga ya habían pasado junto a él hacía ya algún tiempo.

Como en la escena bíblica del Mar Rojo, los dioses le fueron abriendo camino lentamente, mientras se dirigía hacia la salida.

"Si todos deciden quedarse..."

Abaddon chasqueó los dedos y pequeñas copas de sake llenas de su sangre aparecieron frente a todos los dioses presentes ese día.

"Si salís de esta habitación sin beber, la misma muerte que os evité antes, volverá a atormentaros. Tomad vuestras decisiones en consecuencia".

Abaddon abrió las puertas y encontró a Duke esperando afuera, con su habitual traje impecable.

"Nos dirigimos a la sala de reuniones. Por favor, acompaña a todos los que decidan beber a las moradas de sus respectivos panteones.

Si no tienen, muéstrales un terreno libre donde puedan construir algo. ¿Puedes esperar a que tomen una decisión?

—Por supuesto, joven amo. Puedes dejármelo todo a mí. —El duque hizo una reverencia. Abaddon le agradeció por toda su ayuda y salió del pasillo, mientras Duke entraba.

Mientras la pareja de padre e hijo caminaban por el pasillo en silencio, Bash finalmente decidió hablar.

"...Me decepciona que ese cachorro no haya intentado nada más".

"Apuesto a que sí, hijo. Apuesto a que sí."

